



El farmacéutico DEL MAR

Por María del Mar Sánchez Cobos. Farmacéutica.

Soplaba el levante. Suave. Aún así, era capaz de cerrar puertas y ventanas y arrastrar consigo el aroma marino, hacia las estancias de esta población, que luminosa se abre al mediodía. Cuando entraba aquí, parecía calmarse e iba recorriendo despacio las cuatro paredes de esta rebotica donde siempre, siempre, se habló de la mar.

Al grito de ¡abajo las áncoras!, comenzaban las tertulias donde se saboreaba un mundo impregnado de aventuras. Un lugar donde viejos instrumentos de navegación y navíos encerrados en botellas compartían anaqueles con albarelos y tarros farmacéuticos. Cartas marinas, faroles y escafandras le disputan el espacio a diplomas, títulos y orlas que acreditan la profesión del farmacéutico, que además de su trabajo, estaba enamorado del mar. Lo amaba por encima de todas las cosas. Discernía todos los gradientes de azul. Versado en vientos y mareas; en calmas y tempestades.

Añoraba salir al mar abierto y sentir como la espuma cruje, cuando el mar rugie. Abrió la ventana y aspiró la brisa salada contemplando un velero que se perdía volando como un corcel en el claro horizonte. Y soñó con salir al levante, sorteando islotes, sintiendo el chasquido de los palos al vaivén del mar. Su pasión marinera se forjó jugando a la vera de la desembocadura del Guadalquivir, donde por siglos partieron las naos y galeones en busca de nuevas rutas y tierras ignotas. En su mente infantil habían quedado grabadas las gestas e historias de los grandes navegantes, de los que se

hablaba sin parar en aquella misma rebotica, que ya antes había pertenecido a su abuelo y a su bisabuelo. En aquellas tertulias, aparte de criticar al gobierno de turno y comentar los últimos avances científicos, se glosaban fundamentalmente las hazañas en ultramar: el descubrimiento de América, el tornaviaje de Urdaneta, la expedición Malaespina o la desaparición del San Telmo. Pero sin ningún género de dudas, el tema preferido era la primera vuelta al mundo. Y es que en Sanlúcar de Barrameda se hicieron a mar abierta las cinco naves (Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria y San-

tiago), que bajo el mando de Magallanes iniciaron la gran gesta náutica que cambió la concepción del mundo para siempre. Atrás quedaban los vítores y aplausos con los que una enfervorizada muchedumbre había despedido a los navegantes la mañana del 10 de agosto de 1519 en Sevilla. Magallanes, prudente y valeroso, navegante curtido, sueña con los mares del Este y encontrar un paso hacia las islas de las Especias. Una vez conseguido el apoyo de Carlos I, este portugués apasionado por la aventura, recluta a golpe de pregón a la gente de mar por las calles de Sevilla, Cádiz, Palos... y españoles, portugueses, africanos, italianos y chipriotas, hasta 256, se enrolan camino de la gloria. Tres años después de levar anclas, solo regresó una nave: la nao Victoria, con dieciocho exhaustos supervivientes. Este pequeño barco comandado por Juan Sebastián Elcano, había conseguido completar la circunnavegación de la Tierra por vez primera. Una gran epopeya de una dureza inigualable: motines, tormentas, hambrunas y enfermedades acompañaron a la armada durante toda la expedición. Especialmente severo fue el paso por el desolado y frío estrecho -llamado posteriormente de Magallanes-, y la travesía por el mayor de los océanos del planeta, el Pacífico. Saltando de puerto en puerto las naves proseguían su singladura. Contemplaban las estrellas, los horizontes plateados de las islas de naturaleza sin domar; fondos marinos de luz verdosa donde se reflejaban prodigiosas selvas. El siseo de las palmeras, las blancas playas y el clamor de las tumultuosas olas nacidas en los vendavales oceánicos acompañó a los argonautas. En su viajar descubrieron nuevas islas, en las que se relacionaron con los pueblos indígenas, aunque no siempre fueron bien acogidos. Conocemos todos los pormenores gracias al diario del joven italiano Antonio Pigaffeta, que navegó en la nao capitana, la Trinidad, comandada por el propio Magallanes. En ella también viajaban el cirujano Juan de

Morales de Sevilla y las "cosas de botica": medicinas, ungüentos, aceites, aguas destiladas, etc. Sabemos que la tripulación fue afectada por el escorbuto la llamada "peste del mar", que debió ser tratada por este cirujano y posiblemente también por el extremeño Hernando de Bustamante, barbero y cirujano que embarcó en la nao Concepción donde Elcano iba como maestro. Antonio Hernández Colmenero de Huelva y Nicolás el Griego, parece ser que también poseían algunos conocimientos médicos. Todos ellos regresaron con Elcano, que había tomado el mando de la expedición, una vez muerto Magallanes a manos de los nativos en Filipinas.

La mortalidad a bordo fue mayor por enfermedad que por combates o naufragios. La falta de higiene y la mala alimentación causaron estragos en las tripulaciones. Los barcos llevaban un cirujano a bordo que debía tener unos conocimientos médicos mínimos para atender a cualquier dolencia que acaeciera durante la expedición. Se sabe que llevaban una farmacopea bastante completa. Hasta 1553 no hubo obligación de que hubiera un boticario en cada galera. En la Armada Invincible hay constancia de la presencia de dos boticarios. Los boticarios embarcados eran los encargados de comprar y administrar los productos farmacéuticos y del estudio y conservación de las plantas descubiertas en las nuevas tierras. No es hasta el siglo XVIII cuando se acomete la reforma de la Armada y de la Sanidad Naval. Se crea la figura del Boticario Inspector del que dependían todos los boticarios de la Armada. Posteriormente y, ya en el siglo XX se crearon las Farmacias Sucursales, dependientes de los arsenales y los hospitales navales. Aunque, en 1989, al unificarse los servicios sanitarios del ministerio de Defensa, el Cuerpo de Sanidad de la Armada desaparece, y con él la sección de Farmacia. Esto no significa que hoy día no haya farmacias y profesionales en los arsenales encargados de la dotación y preparación de distintas operacio-

nes: expediciones transoceánicas, contribuciones internacionales, o los botiquines para embarcaciones auxiliares de apoyo a buques y submarinos. El Centro Militar de Farmacia de la Defensa tiene actualmente su sede en la Base de San Pedro (Madrid) a cuyo frente se encuentra un coronel farmacéutico director. Además de atender las necesidades farmacéuticas de las Fuerzas Armadas, este centro es el depósito estatal de medicamentos para emergencias y catástrofes: pandemias, desastres, accidentes nucleares o defensas a ataques NRBQ (nucleares, radiológicos, biológicos y químicos).

La vuelta al mundo facilitó el conocimiento científico y empírico. A partir de entonces se realizaron numerosos viajes y expediciones de carácter comercial, religioso y científico. Un intercambio de saberes y mercancías. La "globalización" había comenzado. Ahora sabemos que vivimos en un cuerpo celeste que flota en un espacio infinito. Una esfera que gira sobre sí misma y orbita alrededor de una estrella. Las nuevas tecnologías han permitido que se cartografie completamente, así como conocer la posición de cualquier objeto en la misma, gracias al sistema GPS.

De aquellas tertulias en la rebotica decimonónica solo quedan los recuerdos. Ahora, en ella navegan los niños de la casa en un ordenador de última generación, buscando información para un trabajo sobre el V Centenario de la primera circunnavegación de la Tierra. La pantalla tiene de fondo un grabado de la nao Victoria. Aquella que, cuando nadie la esperaba, regresó a casa, desarbolada, con las velas desgarradas, casi un buque fantasma y los supervivientes macilentos y famélicos, pero emocionados tras su inmortal proeza. Y lloraron como niños, encabezados por Elcano, al postrarse ante Nuestra Señora de la Victoria entonando un himno de acción de gracias, mientras repicaban las campanas de la capital sevillana.